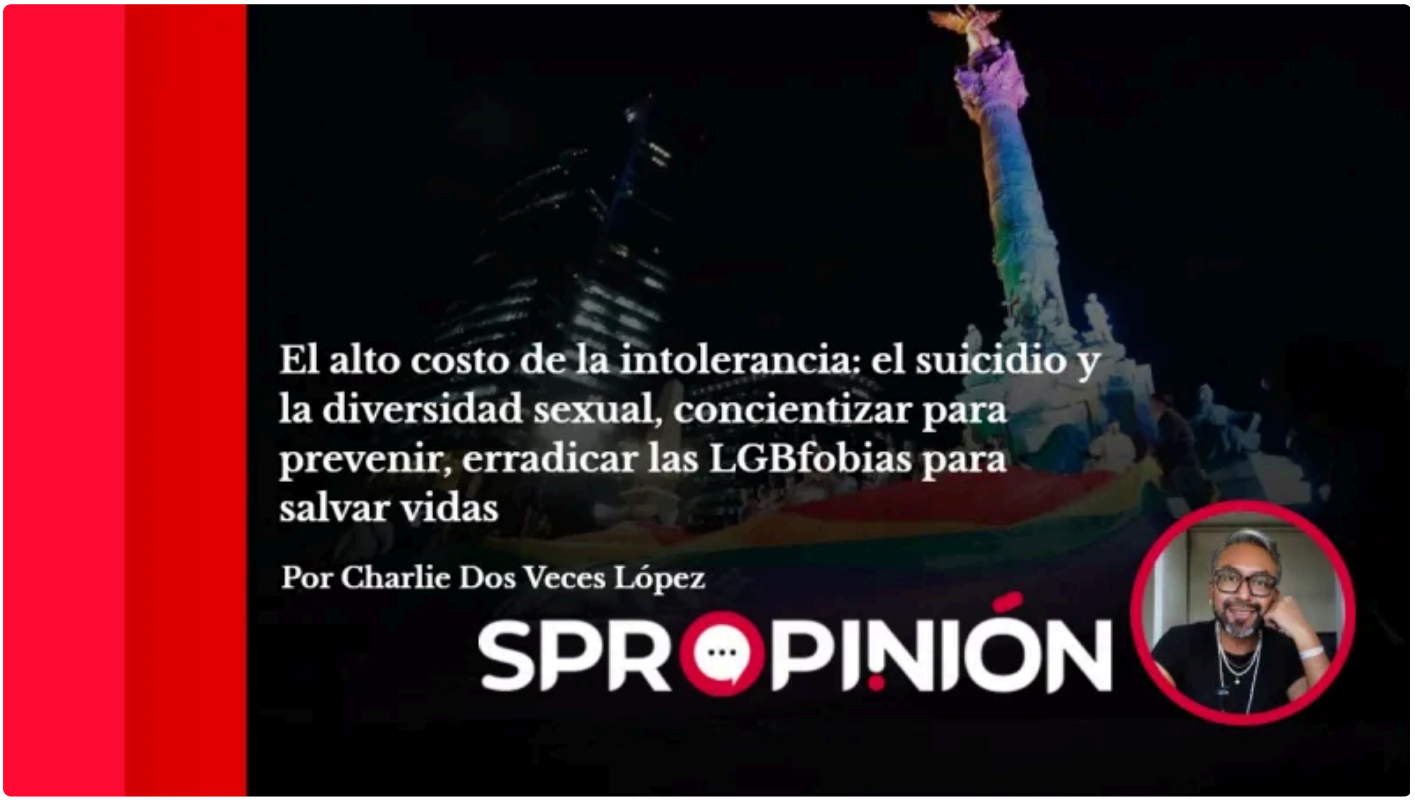
OPINIÓN

El alto costo de la intolerancia: el suicidio y la diversidad sexual, concientizar para prevenir, erradicar las LGBTfobias para salvar vidas

Por Charlie Dos Veces López · 10 de septiembre de 2025 · 5 min de lectura



Hoy, 10 de septiembre, el mundo se viste de amarillo para hablar de prevención del suicidio. Se trata de una conmemoración que me interpela de una manera profunda y dolorosa. Me recuerda a mis 16 años, a un diario descubierto contra mi voluntad por mis padres y reprochado porque estaba mal querer a otro chico, a un primer amor inocente y a la incomprensión familiar que, a esa edad, me cerró el mundo. Como sobreviviente de un intento de suicidio, sé que no soy un caso aislado. Mi historia, lamentablemente, es una más en el vasto, sombrío y doloroso registro de las violencias que sufrimos las personas LGBTI+, especialmente en la niñez y la juventud. Sobreviviente de mis propios demonios, sí, pero sobre todo, sobreviviente de la incomprensión violenta motivada por el ataque ideológico del que fueron víctimas mis familiares, un ataque orquestado conscientemente por fundamentalistas antiderechos, que tienen muy claro su objetivo: aniquilar a los grupos prioritarios que buscamos reducir las brechas de desigualdad y que luchamos por nuestros derechos.

Mi historia, lo sé, no es única. Es un guion tristemente repetido en miles de hogares. Es la punta del iceberg de una crisis de salud pública que organismos internacionales llevan años documentando con alarma. La Organización Mundial de la Salud (OMS) señala que el suicidio es la cuarta causa de muerte entre jóvenes de 15 a 29 años a nivel global. Pero cuando se trata de la población LGBTI+, las cifras se disparan en una curva preocupante y dolorosa.

La ONU, en repetidos informes, ha sido enfática: la violencia, el estigma y la discriminación por orientación sexual e identidad de género son factores determinantes que conducen a la depresión, la ideación suicida y el intento de suicidio entre jóvenes. UNICEF alerta sobre el acoso escolar homofóbico y transfóbico como un veneno que corroe la autoestima y el proyecto de vida de niñas, niños y adolescentes. Aquí, en México, el CONAPRED y el COPRED han documentado cómo la familia y la escuela son, triste y paradójicamente, los primeros espacios donde se siembra la semilla de la exclusión que puede llevar a desenlaces trágicos.

Y es aquí donde la reflexión duele más. El suicidio no es un hecho aislado, no ocurre ni se desarrolla sólo por un individuo, sino que está directamente ligado a un contexto social, a actores sociales, a determinantes sociales y culturales. Desde la sociología y la antropología, sabemos que el suicidio es, en gran medida, la culminación trágica de un proceso social de aniquilación, un proceso de devastación yoica que arremete contra un grupo o una persona, desde distintos frentes. Es la materialización de lo que se conoce como “violencia estructural”: un entramado de normas, discursos y prácticas culturales que se organizan para negar la humanidad de ciertos grupos. La ideación suicida no es un evento aislado, sino la consecuencia previsible de un contexto social específico que dice, desde múltiples espacios, que una forma de ser, una forma de amar, una identidad, no debería existir, con todo lo que eso implica, dicho desde una posición de fanatismo religioso intolerante; es ese mismo contexto que dice que mi existencia es un error y que el lugar en el mundo, para las personas LGBTI, en el mejor de los casos, es tolerado a regañadientes.

Esta intolerancia no brota de la nada. No es un fenómeno abstracto. Se alimenta, se riega y se legitima desde micrófonos y tribunas de alto alcance. Cuando una Lili Téllez o una América Rangel se suben a un podium para reducir nuestras identidades a una “ideología”, para negar nuestros derechos humanos básicos o para burlarse de nuestra existencia, no están ejerciendo “libertad de expresión”. Están sembrando la semilla del odio, en una población desinformada, prejuiciosa y altamente machista, misógina y lgbtfóbica.

Cada palabra de odio amplificada por un altavoz mediático se convierte en el grito de unos padres que echan a su hijo, hija o hije de casa. Cada discurso que patologiza nuestras orientaciones e identidades se transforma en la justificación de un director de escuela para no implementar acciones contra la violencia escolar hacia estudiantes LGBTI. Cada broma despectiva se replica en los pasillos, en los grupos de WhatsApp, y encuentra su camino hasta la mente de una niñez, un adolescente que ya no aguanta más.

La responsabilidad es directa, tangible y moralmente ineludible. Quienes promueven estas posturas no pueden luego lavarse las manos como Pilatos cuando las consecuencias de su retórica irresponsable se materializan en una estadística dolorosa, en una familia destrozada, en una vida como la mía y la de muchxs otrxs, que por suerte hemos sobrevivido, pero que lleva las cicatrices de una batalla que nunca debió librarse, en mi caso, en las muñecas de mis brazos, que hoy cubro con pulseras de tela, una con la bandera del Orgullo LGBTI, y otra a favor de los derechos de las mujeres.

Hoy, en este día mundial sobre la prevención del suicidio, es indispensable reflexionar sobre el poder mortífero de la palabra; dimensionar que las lgbtfobias no son libertad de expresión, sino un veneno que destruye vidas. Que detrás de cada discurso de odio hay una niña, niñe o niño asustado leyendo los comentarios, una chica trans escuchando cómo se ríen de ella, un adolescente preguntándose si el mundo sería mejor sin él.

Mi supervivencia es mi rebeldía. Pero mi historia es un testimonio de sobrevivencia, que hoy habla por primera vez, en memoria de todxs aquellxs a quienes la intolerancia les ganó la partida. Hoy les recuerdo, les honro y les dedico este breve espacio, esta trinchera.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/el-alto-costo-de-la-intolerancia-el-suicidio-y-la-diversidad-sexual-concientizar-para-prevenir-erradicar-las-lgbtfobias-para-salvar-vidas
Descargado el 21 de noviembre de 2026.